

La obra literaria de Emilio Carrere (I). *Emilio Carrere y sus poemarios* Románticas y El Caballero de la Muerte

JULIA MARÍA LABRADOR BEN
ALBERTO SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA

RESUMEN

El presente trabajo da inicio a una revisión exhaustiva de la obra literaria del autor Emilio Carrere Moreno (Madrid, 1881-1947). En esta primera entrega se da noticia de su biografía poética y literaria, su actividad como antólogo, prologuista y traductor, su producción poética, la inclusión de sus poemas en diversas antologías, su personalidad como bohemio, y las opiniones sobre su obra y su persona. La segunda parte está dedicada al estudio de sus poemarios primero y segundo: *Románticas* y *El Caballero de la Muerte*. Se comparan sus diversas ediciones, se da noticia de su recepción crítica y se analizan sus contenidos y la métrica de sus poemas. Se incluye un índice de primeros versos.

Palabras clave: Emilio Carrere. Biografía. Bibliografía. Bohemia literaria. Modernismo. Poemarios. *Románticas* y *El Caballero de la Muerte*.

SUMMARY

This job initiates an exhaustive review of the literary work of the author Emilio Carrere Moreno (Madrid, 1881-1947). In this first delivery are noted his poetic and literary biography, his activity as anthologist, author of prologues and translator, his poetical production, the inclusion of his poems in diverse anthologies, his personality as a bohemian, and the opinions on his work and his personality. The second part is dedicated to the study of his first and second books of poems: *Romantics (Románticas)* and *The Knight of Death (El Caballero de la Muerte)*. His diverse editions are compared, its critical reception is noted and its content and the metric of its poems are analysed. An index of first verses is included.

Key Words: Emilio Carrere. Literary biography. Bibliography. Literary bohemian. Modernism. Books of poems: *Romantics* and *Knight of Death*.

I. LA FIGURA POÉTICA Y LITERARIA DE EMILIO CARRERE

1. Emilio Carrere. Biografía poética y literaria

Novelista, poeta, periodista, crítico literario, Cronista de Madrid, antólogo, deudor de «los grandes poetas franceses que amaba y entendía a medias: Villón, Baudelaire, Verlaine y Rimbaud»¹, pero sobre todo de Bécquer, de Darío e incluso del romancero popular y de las canciones infantiles, Emilio Carrere Moreno (Madrid 1881-1947) escribió miles de páginas, cultivó todos los géneros y fue extraordinariamente prolífico, pero no tanto como para que sus novelas, versos y artículos no incurrieran en el vicio tan habitual en su época conocido con el nombre de *refrito*, publicar varias veces la misma obra con ligeras variantes o con ninguna, pero cambiándole el título. Del *refrito* fue Carrere campeón y monarca supremo.

Federico Carlos Sainz de Robles, crítico benévolo donde los haya, escribía: «Otro poeta que nace para apropiarse de lo más epidérmico del modernismo rubeniano es el madrileño EMILIO CARRERE, bohemio impenitente, periodista, perpetuo disertador en tertulias de café, cronista oficial de Madrid. Realmente, la poesía de Carrere es una mezcla extraña de modernismo y romanticismo. Traductor de Verlaine, le toma Carrere toda su temática: el hospital, la prostitución, la fatalidad, el dolor, el misterio, la muerte»². Y añade: «La poesía de Carrere, íntima y romántica, musical y pegadiza, fácil y realista, tocó temas tradicionales de un exaltado localismo madrileño. Su modernismo, iniciado bajo la influencia de Rubén, evolucionó escasamente. Muy barroco, muy sometido a las sensaciones y a los sentimientos de lo fantasmagórico, pecó de reiteraciones»³.

Perteneció Carrere a una generación que vivió de la pluma y a la que Sainz de Robles denominó, no muy afortunadamente, «Promocionistas del Cuento Semanal», publicación que a Carrere correspondió el dudoso honor de dirigir en su última etapa hasta su cierre (1911). En esta colección literaria, creada por Zamacois en 1907, en la colección paralela, también creada por Zamacois al perder la cabecera de la primera en 1909, *Los Contemporáneos*, y en *El Libro Popular*, *La Novela Corta*, *La Novela Semanal*, *La Novela de Hoy*, *La Novela Mundial* y las múltiples colecciones literarias de idéntico tenor, publicó Carrere decenas de novelas cortas.

Su talón de Aquiles literario fue sin duda el teatro, en una época en la cual sus coetáneos se animaban continuamente a estrenar, atraídos por los sustanciosos beneficios económicos que producía la escena. Anotamos como más

¹ César González Ruano: *Antología de poetas españoles contemporáneos en lengua castellana* (Barcelona: Gustavo Gili, 1946), p. 147.

² Federico Carlos Sainz de Robles: *Historia y Antología de la Poesía Española (En Lengua Castellana). Del siglo XII al XX* (Madrid: Aguilar, 1950²), p. 200.

³ F. C. Sainz de Robles: *Historia y Antología...*, p. 1218.

importantes su obra *La canción de la farándula*, de estructura teatral, y tres zarzuelas, *El Bachiller Medina* (1909), en un solo acto, escrita en verso y prosa con Justo Huete Ordóñez y música de Mario Bretón, *El carro de la alegría*, estrenada en el teatro Fuencarral de Madrid el 8 de julio de 1927 (en colaboración con Alberto Valero Martín, música de Campiña y Corral) y *La manola del portillo*, estrenada en 1928 (en colaboración con F. García Pacheco y música de Pablo Luna).

Publicó, por el contrario, algunas novelas largas y libros en los que se reunían varias novelas cortas y artículos sobre aquellos temas que constituían su obsesión: la bohemia, el hambre, la enfermedad, el dolor, la muerte, la prostitución, etc. Los títulos de muchas de estas obras son sin duda ilustrativos: *El encanto de la bohemia. Novelas*, *El espadán del caballero guardia* (se publicará posteriormente con el título de *Los ojos de la diablesa*) (1911); *La Madre Casualidad*, *La tristeza del burdel*, *Los fantasmas*, *El más espantoso amor*, *Los ojos de la diablesa. Leyenda madrileña* (1913); *El reloj del amor y de la muerte*, laureada con el premio Narciso Nores de Biblioteca Patria (1915); *Las sirenas de la lujuria*, *Elvira la «Espiritual»* (1916); *La rosa del Albaicín*, *Rosas [Flores] de meretricio* (1917); *Almas, brujas y espectros grotescos (Interrogaciones al misterio)*, *El dolor de la literatura* (1919); *La cofradía de la pirueta*, *El reino de la calderilla*, *Retablillo grotesco y sentimental*, *Mis mejores cuentos*, *Las ventanas del misterio* (1920); *El espectro de la rosa* (1921); *La calavera de Atahualpa (Novela humorística)* (1922) (en ese año se publicó en la segunda colección titulada *El Libro Popular* y en 1934 en *Novelas y Cuentos*). *El dolor de llegar* (1909), *Aventuras de Amber*, *el luchador* (1910), *La casa de la Cruz* (1924), *La desconocida de todas las noches* (1927), *La última cita de Rosaura Mimí* (1931) y *El reloj de San Plácido* (años 30) son ejemplos de los muchos títulos publicados en colecciones de novela corta, que en algunos casos fueron posteriormente agrupados en forma de libro, lo que dificulta extraordinariamente su datación y ordenación cronológica. A esto hay que añadir la costumbre de Carrere de publicar repetidamente la misma obra cambiando o no su título. Nos remitimos a un trabajo posterior en el que abordaremos exhaustivamente la bibliografía de Carrere.

Mención especial merecen dos de sus novelas. La primera de ellas, *La ciudad de los siete puñales* (1939), fue publicada en la colección franquista *La Novela del Sábado*, cuyo primer número fue el texto de Franco *Diario de una bandera*; en su obra nuestro autor hace una descripción del Madrid republicano bajo las bombas. Carrere, que se fingió loco y permaneció oculto en un manicomio durante la guerra, se incorporó con armas y bagajes a la España de Franco, al que obsequió con un plagio de la «Marcha triunfal» rubeniana dedicado a «El desfile de la Victoria»⁴. Es bien conocida la anécdota de que un

⁴ Emilio Carrere: «El desfile de la Victoria», en *Cancionero de la guerra*, ed. José Montero Alonso (Madrid: Ediciones Españolas, 1939), pp. 48-50; y en *Madrid en los versos y en la prosa de Emilio Carrere* (Madrid: Sección de Cultura e Información, 1948), pp. 5-7.

grupo de milicianos capitaneados por Pedro Luis de Gálvez fue a detener a Carrere: «Venimos a detenerle, don Emilio —dijo Gálvez— pero antes de irnos, recíteme usted *La musa del arroyo*». Tras escuchar el poema en la voz temblorosa de su autor, Gálvez se echó a llorar. «No se preocupe, don Emilio, ya volveremos por usted mañana». Volvieran o no, Carrere ya había desaparecido, salvándose de la quema. No así Pedro Luis de Gálvez que no siendo con seguridad responsable de la muerte de nadie y sí de la salvación de muchos fue fusilado en 1940 en una de las sacas de la prisión madrileña de Porlier.

Su otra novela singular fue *La torre de los siete jorobados* (1920), que conoció una excelente versión cinematográfica⁵. En su edición más reciente Jesús Palacios hace un discutible estudio sobre su génesis, que revela la personalidad literaria de Carrere⁶; la historia que se nos cuenta en ese prólogo es, en resumen, la siguiente: Carrere entregó, a solicitud de un editor, un texto manuscrito que resultó ser el de *Un crimen inverosímil*, una obra ya publicada en el número 324 de la colección *La Novela Corta* (25-II-1922), con un final añadido. Ante la imposibilidad de editar el engendro, y habiéndose Carrere desentendido del tema, el editor entregó el manuscrito a Jesús de Aragón, excelente autor de novelas de aventuras al que se denominó el Julio Verne español, encargándole su terminación. Aragón, que firmaba con el seudónimo «Capitán Sirius» y también como «J. de Nogara» (anagrama de su apellido)⁷, realizó un meritorio trabajo y la obra obtuvo un éxito notable. Carrere acabó creyendo que la novela era exclusivamente suya.

Hemos de señalar también que Carrere tuvo una muy notable actividad periodística. Como gacetillero literario mantuvo hasta el final de la publicación una interesante sección en el semanario *Madrid Cómico*, titulada «Retablillo literario». En el primer tercio de siglo escribió en múltiples periódicos y en revistas literarias y satíricas como *Flirt* y *Muchas Gracias*. En los años cuarenta tuvo una página diaria en el periódico *Madrid*, en su condición de Cronista de la Villa. De su obra madrileñista la más importante es *Ruta emocional de Madrid* (1935), poemario que tuvo varias ediciones, y *Aquí, Madrid*, recopilación de sus artículos diarios, publicado inmediatamente antes de su fallecimiento. Un año después de su muerte el Ayuntamiento de la capital le dedicó

⁵ Fue dirigida por Edgar Neville en 1944 e interpretada, entre otros, por Antonio Casal y Félix de Pomés.

⁶ Emilio Carrere: *La torre de los siete jorobados*, prólogo de Jesús Palacios (Madrid: Valdemar, 1998), pp. 9-38.

⁷ Su obra más conocida es *Cuarenta mil kilómetros a bordo del aeroplano «Fantasma»* (Madrid: V. H. Sanz Calleja, s. a.). De los 29 capítulos de que consta el texto final de *La torre de los siete jorobados* Aragón escribió, según Jesús Palacios, los capítulos 6, 7, 8, 9, 10, 12, 13, parte del 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26 y 27. La hipótesis de que *La torre...* sea una ampliación de *Un crimen inverosímil* tiene un fallo fundamental: la primera edición de aquella novela se publicó en 1920 y no en 1924 como se ha venido afirmando. En un posterior artículo aclararemos éste y otros extremos.

una antología, *Madrid en los versos y en la prosa de Emilio Carrere*⁸. Recientemente, se ha publicado una *Antología* de Carrere⁹ que incluye una bibliografía asombrosamente incompleta, ya que en el apartado dedicado a recoger la lista de sus obras se limita a enumerar solamente sus novelas cortas aparecidas en dos colecciones, *La Novela Corta* y *El Libro Popular*, y prescinde de las publicadas en otras múltiples series tan importantes como: *El Cuento Semanal*, *Los Contemporáneos*, *La Novela Semanal*, *La Novela de Hoy*, *La Novela de Noche*, *La Novela Pasional*, *La Novela Mundial*, *Los Novelistas*, *Los 13*, etc.; sobre este aspecto bibliográfico incidiremos en una próxima publicación.

2. Emilio Carrere. Antólogo, traductor y prologuista

Antes de abordar su producción poética, decir tan sólo unas palabras sobre otras actividades de Emilio Carrere relacionadas con la poesía. Como antólogo, Carrere tiene en su haber la primera antología del modernismo hispano, *La Corte de los Poetas*¹⁰, publicada tan sólo cuatro años después de su primer poemario, *Románticas* (1902). La aportación original de Carrere se circunscribe a la «Nota Preliminar», en la que hace una encendida loa de Darío: «Después de Campoamor el divino, Espronceda, Zorrilla, el duque de Rivas y Bécquer, no ha surgido un verdadero poeta. [...] Durante cuarenta años la lírica ha sido un débil reflejo romántico, un monótono toma y daca de lugares comunes. Por fin, de tierras americanas ha llegado un apóstol con un nuevo credo. Rubén Darío, el mago de la rima, nos ha regalado un *bouquet* maravilloso, quizás un poco exótico, de rimas griegas y francesas. Y después de *Prosas profanas* —oro, rosas juveniles y de galantería, cristal y madrigales de primavera—, como evocada, ha surgido una brillante juventud, una lírica aristocracia compuesta por la mayor parte de los artistas que forman este florilegio.»¹¹ Este párrafo ilustra, bien a las claras, las concepciones poéticas de Carrere y su adscripción al modernismo¹². Carrere, como después veremos, se incluye a sí mismo con cuatro poemas, «El caballero de la muerte», «Mimí», «Risa loca» y «Musseta», publicados luego, tres años más tarde, en *El Caballero de la Muerte*. Con respecto a su labor de antólogo, debemos aclarar que ni son todos los que están ni están todos lo que son. Carrere abre brecha con Juan Ramón, Díez-Canedo y Ricardo Gil, pero incluye luego a «Fray Candil» y Gabriel y

⁸ Véase nota 4.

⁹ Emilio Carrere: *Antología*, ed. José Montero Padilla. Clásicos Madrileños, 19 (Madrid: Castalia-Comunidad de Madrid, 1998).

¹⁰ *La Corte de los Poetas. Florilegio de rimas modernas* (Madrid: Librería de Pueyo, [1906]).

¹¹ *La Corte de los Poetas...*, p. 5. Los poemas de Carrere aparecen en pp. 159-166.

¹² Sobre este tema véase Marta Palenque: «*Prosas profanas* y la poesía finisecular: modernismo, antimodernismo, rubendarismo», en Alfonso García Morales (ed.): *Rubén Darío. Estudios en el centenario de «Los Raros» y «Prosas profanas»* (Sevilla: Universidad, 1998), pp. 145-164.

Galán. Entre las ausencias notables figuran Unamuno, Valle-Inclán y Enrique de Mesa¹³.

Realizó también Carrere una antología de cuentos cortos de algunos de sus coetáneos: Galdós, Darío, Baroja, Pardo Bazán, Unamuno, Palacio Valdés, Hoyos y Vinent, Retana, Trigo, San José, Concha Espina, Blasco Ibáñez, Francés, Ortiz de Pinedo, etc., en varios tomos titulada *La Voz de la Conseja*¹⁴.

Dentro de su labor de traductor hemos de señalar dos obras del poeta objeto de su admiración, Paul Verlaine: *Poemas saturnianos* y *Canciones para ella*¹⁵, y dos de Gérard de Nerval: *La mano embrujada* y *Aurelia*¹⁶. Tradujo también a Poe, no del original inglés, claro, sino de la edición francesa de Baudelaire¹⁷.

Como prologuista lo encontramos de nuevo escribiendo para dos de sus poetas admirados: Campoamor, en su antología publicada en la colección *Los Poetas*¹⁸, y Bécquer, el autor que más influiría en su obra junto con Darío, en el «Glosario becqueriano» que precede a una edición de las *Rimas*¹⁹. Carrere sentó plaza de maestro versificador en *El libro de cómo se hacen todas las cosas* de Constantino Cabal (cuya primera edición es de 1919)²⁰ en una entrevista titulada «De cómo se hace una poesía». Fue Carrere amigo de obsequiar a sus compañeros poetas y escritores con todo tipo de prólogos y panegíricos en prosa y verso: destaquemos los poemas, sonetos en su mayoría, que compuso para los libros *Rufianescas* de Diego San José²¹, *Romancero prosaico* de Javier Valcarce²², *La Ruta* de Alfonso Camín²³, *Poemas del bien y del mal* de Ernes-

¹³ Sobre esta antología véase José M.^a Martínez Cachero: «Noticia de la primera antología del modernismo hispánico», en *Archivum*, 26 (1976), pp. 33-42.

¹⁴ *La Voz de la Conseja. Selección de las mejores novelas breves y cuentos de los más esclarecidos literatos*, recopilación hecha por Emilio Carrère (Madrid: V. H. Sanz Calleja, s. a.). Tomos I, II y III.

¹⁵ Paul Verlaine: *Poemas saturnianos*, trad. Emilio Carrere. Obras Completas de Paul Verlaine, 1 (Madrid: Mundo Latino, 1921). Paul Verlaine: *Canciones para ella*, trad. Emilio Carrere. Obras Completas de Paul Verlaine, 5 (Madrid: Mundo Latino, 1922).

¹⁶ Gérard de Nerval: *La mano embrujada; Aurelia*, trad. Emilio Carrere. Biblioteca La Novela para Todos, 6 (Madrid: Editorial América, 1921). Esta traducción se ha reeditado recientemente: Gérard de Nerval: *La mano embrujada y Aurelia*, trad. Emilio Carrere, ed. Gloria Rey Faraldo. Biblioteca de Traductores, 16 (Madrid: Júcar, 1991).

¹⁷ Edgar Allan Poe: *Historias extraordinarias*, prólogo de Carlos Baudelaire, traducción de Emilio Carrere. Colección de Autores Célebres Extranjeros (Madrid: Matev, s. a.).

¹⁸ Ramón de Campoamor: *Sus mejores versos. Humoradas*, prólogo de Emilio Carrere. «Los Poetas», 12 (Madrid: Gráf. Unión, 27-X-1928).

¹⁹ Gustavo Adolfo Bécquer: *Rimas*, Glosario becqueriano de Emilio Carrere (Madrid: Renacimiento, 1926). Gustavo Adolfo Bécquer: *Rimas*, Glosario becqueriano de Emilio Carrere (Madrid: Ediciones Nuestra Raza, s. a.). La segunda edición corresponde a los años treinta y salvo sus características editoriales es idéntica a la primera.

²⁰ Constantino Cabal: *El libro de cómo se hacen todas las cosas* (Madrid: Voluntad, 1919), pp. 27-38.

²¹ Diego San José: *Rufianescas*, soneto-prólogo de Emilio Carrère (Madrid: R. Velasco, 1910).

²² Javier Valcarce: *Romancero prosaico* (Madrid: Castro, 1910). Entre los sonetos dedicados al autor se incluye uno de Carrere (p. 9).

²³ Alfonso Camín: *La Ruta. Poesías*, prólogo de Emilio Carrère (Madrid: M. García y G. Sáez, 1916).

to López Parra²⁴ (posteriormente, Carrere incluiría este soneto y el dedicado a Camín en la sección «Otros poemas» de la segunda edición de *Románticas*), y *Españolas* de Lorenzo Roldán²⁵; además, escribió prólogos en prosa para *La confesión* de Gonzalo Seijas²⁶, *Florilegio galante* de Julián Fernando Riber²⁷, *La eterna primavera* de Eduardo Arísti²⁸, y *Un crimen en Barrios Bajos* de Luis Fernández-Vior²⁹. Por último, hemos de mencionar como muestra de su labor ensayística el «Retablillo grotesco y sentimental» incluido al final de los *Chistes y cuplés* de Luis Esteso³⁰, el epílogo al *Romancero* publicado por *La Novela Corta*³¹, y el ensayo preliminar «La copla de España» que acompañó a la selección de Ventura García Calderón titulada *Las mejores Coplas españolas*³².

3. Emilio Carrere. Poeta

En una entrevista con Artemio Precioso, editor de *La Novela de Hoy*, Carrere dice que su primera publicación fueron unos versos aparecidos en la revista *Blanco y Negro* en 1903³³. Esta afirmación es un poco sorprendente, habida cuenta que su primer poemario, *Románticas*, está fechado en 1902. Con el intermedio de la antología del modernismo ya citada, publicará en 1909 su más importante poemario, *El Caballero de la Muerte*, objeto, junto con el anterior, de este estudio. A él seguirán, *Del amor, del dolor y del misterio* (1915), *Dietario sentimental* (1916), *Los ojos de los fantasmas* (1920), *Nocturnos de otoño* (1920), *La canción de las horas* (1923), *El otoño dorado* (1924), *Los jardi-*

²⁴ Ernesto López Parra: *Poemas del bien y del mal*, prólogo de Emilio Carrère (Madrid: Artes Gráficas, 1920).

²⁵ Lorenzo Roldán: *Españolas* (Madrid: Sáez Hermanos, 1930). La obra va precedida de un «Homenaje al Poeta» constituido por poemas de cinco autores encabezados por Emilio Carrère (pp. 7-9).

²⁶ Gonzalo Seijas: *La Confesión*, prólogo de Emilio Carrère, epílogo de Eduardo Zamacois (Madrid: Imp. artística de Sáez Hermanos, 1914).

²⁷ Julián Fernando Riber: *Florilegio galante. Versos*, prólogo de Emilio Carrère (Madrid: Saez Hermanos, 1915).

²⁸ Eduardo Arísti: *La eterna primavera. Narraciones*, prólogo de Emilio Carrère (Burgos: I. de Aldecoa, 1919).

²⁹ Luis F. Vior: *Un crimen en Barrios Bajos*, prólogo de Emilio Carrere. «Los Contemporáneos», 882 (Madrid: Imp. Zoila Ascasibar y Cía, 17-XII-1925). Texto y prólogo se reproducen sin variación en: Luis Fernández-Vior: *Un crimen en barrios bajos (Memorias novelescas de un policía madrileño)*, prólogo de Emilio Carrere. «La Novela Policiaca», 1 (Madrid: Castro, 25-IV-1931).

³⁰ Luis Esteso: *Chistes y Cuplés* (Madrid: Juan Pueyo, s. a.). El retablillo literario de Emilio Carrere aparece en las páginas 76 a 78.

³¹ *El Romancero*, prólogo de Cristóbal de Castro, epílogo de Emilio Carrere. «La Novela Corta», 214 (Madrid: Prensa Popular, 7-II-1920).

³² *Las mejores Coplas españolas*, selección de V. García Calderón (París: Franco-Ibero-Americana, [1921]). El ensayo preliminar de Emilio Carrere ocupa las páginas 9 a 23.

³³ Artemio Precioso: «Como si fuera Prólogo», en Emilio Carrere: *El diablo de los ojos verdes*, il. Máximo Ramos. «La Novela de Hoy», 13 (Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 11-VIII-1922), pp. 7-11.

nes de la noche, *Antología poética* (1925), la antología *Sus mejores versos* (1928), publicada en el número 21 de la colección *Los Poetas, Panderetas de España* (1930), una nueva antología ese mismo año publicada en *Renacimiento*, *Antología poética. Las mejores poesías de Emilio Carrere*, y una nueva colección de versos titulada *Poesías. La canción de la calle y otros poemas* (1931). Su siguiente poemario, que conocería varias ediciones, está dedicado a su patria chica: *Ruta emocional de Madrid* (1935). Su obra poética se cierra con una nueva antología a su cargo titulada *Canciones para ellas*, que se publicó en 1944³⁴. A su muerte, el Ayuntamiento de Madrid publicó su ya citada antología de verso y prosa³⁵; en 1949 José M.^a de Cossío realizó otra *Antología Poética* editada en la colección Austral³⁶, una más apareció en 1971³⁷ y, finalmente, la ya citada antología de prosa y verso publicada por la editorial Castalia y la Comunidad de Madrid³⁸. No vamos a extendernos ahora sobre las características de su producción poética que analizaremos *in extenso* al estudiar sus poemarios. Sólo añadir que su obra *La copa de Verlaine* (1918), reiteradamente citada como un poemario, es, en realidad, una colección de artículos.

4. Emilio Carrere en las antologías

Haciendo abstracción de aquellas que le están dedicadas como único autor y que ya hemos citado, es rara la antología en la que Carrere no figura.

La primera, como se ha dicho, fue la por él prologada y seleccionada *La Corte de los Poetas. Florilegio de rimas modernas*, en la que se autoincluye con varios poemas que aparecerían luego en *El Caballero de la Muerte*. En 1934 Federico de Onís lo incluirá con un solo poema, «La musa del arroyo», en su *Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932)*³⁹. En la primera edición (1935) de la popular antología *Las mil mejores poesías de la Lengua Castellana* figura con tres poemas, «La musa del arroyo», «Nocturno de la Puerta del Sol» y «Nocturno de verano»; en las posteriores se añadieron otros: «Schopenhauer» a partir de la vigésimosegunda de 1969 y «Los hijos» y «Ocaso sentimental» a partir de la vigésimotercera de 1972⁴⁰. Su equivalente

³⁴ Emilio Carrere: *Canciones para ellas. Selección poética* (Madrid: Afrodísio Aguado, 1944).

³⁵ Véase nota 4.

³⁶ Emilio Carrere: *Antología poética*, ed. José María de Cossío. Colección Austral, 891 (Madrid: Espasa-Calpe, 1949).

³⁷ Emilio Carrere: *Antología poética* (Madrid: Vassallo de Mumbert, 1971).

³⁸ Véase nota 9.

³⁹ Federico de Onís: *Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932)* (Madrid: Centro de Estudios Históricos, 1934), pp. 827-829.

⁴⁰ *Las mil mejores poesías de la Lengua Castellana. (1135-1935. Ocho siglos de poesía española e hispanoamericana)*, ed. José Bergua (Madrid: Librería Bergua, [1935]), pp. 532-534. *Las mil mejores poesías de la Lengua Castellana. (Ocho siglos de poesía española e hispanoamericana)*, ed. José Bergua (Madrid: Ediciones Ibéricas, 1969²² y 1972²³), pp. 634-637 y 634-640.

argentina, *Las mejores poesías de la Lengua Española*⁴¹, incluye únicamente «La musa del arroyo»; en cambio, en otra antología argentina mucho más reciente, *Antología de poesía española. El modernismo en España*⁴², encontramos tres poemas, «Divagación pintoresca», «Ocaso sentimental» y «Nocturno de verano». Las colecciones periódicas incluyeron a Carrere de forma reiterada: en la antología de *Los Poetas*⁴³ dedicada a los poetas madrileños figura «Flores de amor» y en el número 300 de *La Novela Corta*⁴⁴ se publicó «El Caballero del presagio». Nuestro autor aparece también en otras dos antologías muy poco conocidas: *Poetas españoles del siglo xx* de Ramón Segura de la Garmilla⁴⁵ reproduce un solo poema, «El Caballero de la Muerte»; mientras que la debida al empeño del estudioso bilbilitano López Landa, cuyo título remite a la obra de don Manuel Reina⁴⁶, incluye «Mi mejor trofeo» y «Cancionero de ayer». César González Ruano en su *Antología de poetas españoles contemporáneos en lengua castellana* de 1946⁴⁷ selecciona hasta seis poemas, «La musa del arroyo», «El Caballero de la Muerte», «Cartageneras», «Madrid morisco», «Schopenhauer» y «El romance de la princesa muerta». Ocho aparecen en la ya citada antología de Sainz de Robles⁴⁸: «Horas», «El romance de la princesa muerta», «Fiesta de verbena», «La musa del arroyo», «El Caballero de la Muerte», «Nulla est redemptio», «La aventura de don Juan» y «Sonatina de abril». Pedro Gimferrer selecciona en su *Antología de la poesía modernista*⁴⁹ tres poemas menos conocidos: «Un son de bordones», «Oración a la bohemia» y «Voces de agorería».

Tampoco faltarán sus versos en las antologías monotemáticas, por ejemplo, en la de José M.^a de Cossío *Los toros en la Poesía Castellana* (volúmenes I y II)⁵⁰ se incluyen fragmentos de «Epístola a Joaquín Dicenta», «La víctima de la fiesta», «Del viejo Madrid galante» y completa «La novia del torero» (poema dedicado a Pastora Imperio, novia y, posteriormente, mujer de Rafael «El Ga-

⁴¹ *Las mejores poesías de la Lengua Española*, prólogo de Félix F. Corso, selección de S. R. Loiacono (Buenos Aires: Librería Perlado, 1939), pp. 171-172.

⁴² *Antología de poesía española. El modernismo en España*, ed. David Martínez. Colección Clásicos Huemul, 65 (Buenos Aires: Librería del colegio, 1966), pp. 120-124.

⁴³ *Antología sexta [de poetas madrileños]*, prólogo de Carlos Bonet, il. Orbegozo. «Los Poetas», 43 (Madrid: Gráfica Unión, 1-VI-1929), pp. 29-30.

⁴⁴ *Poetas españoles contemporáneos*. «La Novela Corta», 300 (Madrid: Prensa Popular, 10-IX-1921).

⁴⁵ Ramón Segura de la Garmilla: *Poetas españoles del siglo xx. (Antología. Notas bio-bibliográficas)* (Madrid: Fernando Fe, 1922) pp. 66-69.

⁴⁶ José María López Landa: *Del jardín de los poetas. Antología de poesías líricas de autores españoles y americanos* (Calatayud: José M.^a Rubio, 1934), pp. 103 y 187. Es una edición muy rara puesto que no aparece citada en el *Manual del Librero Hispanoamericano* de Palau, ni existe ejemplar en la Biblioteca Nacional.

⁴⁷ C. González Ruano: *Antología de poetas españoles...*, pp. 147-156.

⁴⁸ Véase nota 2. Pp. 1218-1225.

⁴⁹ Pedro Gimferrer: *Antología de la poesía modernista* (Barcelona: Barral, 1969), pp. 194-198.

⁵⁰ José María de Cossío: *Los toros en la Poesía Castellana (estudio y antología)* (Madrid: CIAP, 1931) I, pp. 306-309 y II, pp. 349-351.

llo»), del poemario *Del amor, del dolor y del misterio*, poema que, junto con «Estampa taurina (1801)», aparecerá de nuevo en la más reciente antología de poesía taurina⁵¹; en la selección de María Dolores Sartorio *25 Siglos de Poesía amorosa*⁵² encontramos «Mimí» y «Risa loca», y en la de Jesús García Sánchez y Marcos Ricardo Barnatán, *Poesía erótica castellana*⁵³, el poema «Como Diógenes». En *Cancionero de la guerra*⁵⁴, selección realizada por José Montero Alonso, se incluyen tres poemas: «Madrid resucitado», «El desfile de la Victoria» y «Dieciocho de julio». La antología con mayor número de composiciones de Carrere es la reciente *Poesía bohemia española*⁵⁵, que recoge un total de dieciséis poemas: «El amor de la noche», «Barrio latino matritense», «Nocturno de la puerta del Sol», «Jardín público», «Nocturno de la Plaza del Progreso», «El rastro», «La pipa», «Los ojos de los gatos», «La corista», «Carnaval», «Spleen», «Schopenhauer», «Visión roja», «La muerte de Salomé», «La vía de la amargura» y «¡A la salud de los muertos!». Finalmente, a Carrere le cabe el relativo honor de dar cierre a la falsa antología de Jorge Llopis *Las mil peores poesías de la Lengua Castellana*⁵⁶ con el poema titulado «La amada cochambrosa», paródico de «La musa del arroyo», en el que el estribillo «se reía, se reía» ha sido sustituido por «con la bola, con la bola» en alusión al emblemático reloj de la Puerta del Sol madrileña.

5. Emilio Carrere y la bohemia: ¿realidad o máscara? Opiniones y estudios sobre Carrere

De forma reiterada Carrere ha sido presentado como uno de los integrantes de la bohemia madrileña. De hecho, en la última entrega sobre el tema⁵⁷ Carrere (al que el autor llama Carrère)⁵⁸ aparece en buen número de páginas. El

⁵¹ Mariano Roldán: *Poesía universal del toro. Antología. 2500 a. C.-1990. I. De los poetas míticos a los poetas de vanguardia*. La Tauromaquia, 30 (Madrid: Espasa-Calpe, 1990), pp. 280-282. «La novia del torero» también se incluyó en Mariano Roldán: *Poesía hispánica del toro (Antología, siglo XIII al XX)* (Madrid: Escelicer, 1970), p. 115.

⁵² María Dolores Sartorio: *25 Siglos de Poesía amorosa* (Barcelona: Mateu, 1959), pp. 914-916.

⁵³ Jesús García Sánchez y Marcos Ricardo Barnatán: *Poesía erótica castellana (Del siglo X a nuestros días)* (Madrid: Júcar, 1974), p. 181.

⁵⁴ *Cancionero de la guerra*, ed. José Montero Alonso (Madrid: Ediciones Españolas, 1939), pp. 45-52.

⁵⁵ *Poesía bohemia española. Antología de temas y figuras*, ed. Víctor Fuentes. Biblioteca de la bohemia, 4 (Madrid: Celeste, 1999).

⁵⁶ Jorge Llopis: *Las mil peores poesías de la Lengua Castellana* (Barcelona: Planeta, 1973), pp. 241-243.

⁵⁷ Allen W. Phillips: *En torno a la bohemia madrileña: 1890-1925. Testimonios, personajes y obras*. Biblioteca de la bohemia, 2 (Madrid: Celeste, 1999), pp. 98-104 y 160-169.

⁵⁸ Emilio Carrere aparece de forma simultánea en el tiempo con tres grafías: Carrère, Carrere y Carré. Una revisión exhaustiva de sus obras permite indicar que la forma inicialmente preferida por el autor fue Carrère, tal vez para epatar al lector e indicar su origen francés. Pero a veces se olvida —él mismo o el tipógrafo de turno— y apea la tilde. Otras, se sustituye la tilde grave por la aguda, bien por

problema, claro está, es definir qué se entiende por bohemio. No cabe meter en el mismo saco a Alejandro Sawa, Armando Buscarini, o Pedro Luis de Gálvez, que a Emilio Carrere. Por más que llevara chalina, capa, chambergo, barba cerrada y fumara en pipa, Carrere no era tan bohemio como pretendía ser. Todos esos atuendos los llevaban otros situados en los antípodas de la bohemia: Casero, Sassone, García Sanchiz o Iglesias Hermida, por citar a algunos. Tampoco vivió jamás lampando, sino ganando buenos duros como funcionario del Tribunal de Cuentas, sin ir, y publicando uno o varios artículos diarios y varias veces la misma novela. Gustaba, eso sí, de la mala vida nocturna, de los escrofulosos brazos mercenarios y del *café con media* del Varela, el Regina o el Victoria, sus locales preferidos. La bohemia vendía bien en el Madrid del inicio de siglo y, en los círculos literarios, aún mejor. Carrere se revistió de una máscara a la francesa, como un Rodolfo de Murger de pega y llenó sus versos de Mimís y Musettes, alternándolas con las carnes tumefactas del burdel y el hospital, con el claro objetivo de *épater le bourgeois*.

Como mentía más que hablaba y unas veces decía unas cosas y otras las contrarias, sus confesiones a terceros, puestas en letra de molde, son absolutamente contradictorias. Así, a «El Caballero Audaz»⁵⁹ le confiesa que tiene al sol un horror espantoso y le describe su juventud: «Me gustaba la vida de la farándula, de inquietud y de aventura, que armonizaba con mi rebeldía espiritual»; luego sigue describiendo sus andanzas juveniles de cómico de la legua para contarnos que sus principios, como los de casi todos, fueron duros: «En los periódicos se reían de mis pelos largos y de mi cachimba y me llamaban *modernista*. Me devolvieron sistemáticamente, durante cinco años, todos mis poemas, los mismos que he publicado después en todos los periódicos...» A la pregunta de cómo vive contesta: «Muy mal. Vivo al día; de la colaboración periodística. Haciendo versos y cobrando enseguida cinco duros por cada poesía. [...] En cuanto caiga enfermo y tenga que estar ocho días en la cama, ¡la catástrofe!...» Tanta lamentación conmueve el corazón de «El Caballero Audaz»: «¡Es usted un bohemio empedernido...!», le dice, cosa que no parece complacer a Carrere: «Eso de la bohemia ha llegado a fastidiarme [...]. Mi bohemia nunca ha sido la del andrajo y la pipa... [...] Yo he satirizado ferozmente a los grotescos polichinelas de la bohemia. Si yo fuese millonario, sería un bohemio... —a mi manera, que no es lo que entiende la gente—.» Y todo eso lo dice en 1922, con más de una veintena de libros publicados, casi medio centenar de novelas cortas y un más que notable conjunto de colaboraciones periodísticas. Carrere fue, como él mismo dice, bohemio a su manera. Como decía Sartre, entre un sentimiento que se siente y otro que se representa no hay ninguna diferencia.

razones de carencias tipográficas, o por castellanizar el apellido. En cualquier caso no es posible fijar un criterio cronológico, pues la utilización de las tres grafías es caótica.

⁵⁹ «El Caballero Audaz»: *Lo que sé por mí (Confesiones del siglo) Serie cuarta* (Madrid: Mundo Latino, 1922), pp. 75-86.

Carrere representaba ser un bohemio y, a veces, se le olvidaba el papel, como cuando habla con «Parmeno»⁶⁰: «Pero si yo no he sido nunca un bohemio. Odio a los bohemios, me repugnan los bohemios que, en el fondo, son unos cretinos sin vergüenza y sin voluntad. Yo he ordenado el desorden, y, si no como un burgués, vivo como un artista que se respeta.» Pero López Pinillos pone el dedo en la llaga: si alguien es responsable de su fama de bohemio, es el propio Carrere y alude a una conferencia dada por él en el teatro de la Comedia. Carrere replica: «—Es verdad. Antes, Baroja y Vives habían despellejado a los bohemios; y yo, para burlarme de la burguesía que llenaba el teatro, me presenté como un bohemio, y dije que por adquirir mis ropas en casa de un enterrador, que despojaba a los cadáveres, olía a *cadaverina*, por lo cual me perseguían los perros con sus aullidos.» Esta negación de la bohemia la hace Carrere dos años antes de su lacrimosa entrevista con «El Caballero Audaz», con lo cual demuestra dos cosas: que no tiene problemas económicos y come caliente todos los días, y que en epatar al burgués se pinta solo.

«Andrenio», en su libro *Pen Club I. Los Poetas*⁶¹ al hacer la glosa de *El otoño dorado*, confiesa su simpatía por Carrère (le llama así al igual que José M.^a Carretero y algunos comentaristas modernos) y pone el dedo en la llaga de su bohemia: Carrère no sería un bohemio, sino su musa: «La musa de este poeta romántico tiene, sin embargo, un alma bohemia».

A lo largo de sus colaboraciones en *La Novela de Hoy*⁶² Carrere fue entrevistado cuatro veces: por su director, Artemio Precioso, en dos ocasiones⁶³, otra por Wenceslao Fernández Flórez⁶⁴ y, finalmente, por Rafael Marquina⁶⁵. En ellas nos da cuenta de sus gustos literarios y de su preferencia por la poesía y el folletín, nos cuenta que sus musas son de carne... y hueso y que es un anarquista sentimental. Incluso nos informa de que su barba cerrada no es símbolo de bohemia, sino que cuando se afeita un lado de la cara ya la tiene crecida en el otro. Pero mucho más interesante que lo anterior es la descripción que de Carrère hace Rafael Marquina: «Caballero idealista de los arrabales miserables, urbanizador generoso de los aledaños inhóspitos, señor de las miserias, príncipe de los pecados, Emilio Carrère tiene el prestigio baudelairiano de lo peca-

⁶⁰ José López Pinillos, «Parmeno»: *En la pendiente: Los que suben y los que ruedan* (Madrid: Pueyo, 1920), pp. 175-182.

⁶¹ «Andrenio» (E. Gómez de Baquero): *Pen Club I. Los Poetas. Obras Completas*, 2 (Madrid: Renacimiento, 1929), pp. 171-176.

⁶² De sus 525 números (en realidad 526, pues hay una duplicación numeral), Carrere es responsable de veintiocho obras: una de cada veinte.

⁶³ Véase nota 33 y Artemio Precioso: «A manera de prólogo», en Emilio Carrere: *La Casa de la Cruz*, il. Izquierdo Durán. «La Novela de Hoy», 99 (Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 4-IV-1924), pp. 5-9.

⁶⁴ Wenceslao Fernández Flórez: «Caricatura de Carrere», en Emilio Carrère: *La desconocida de todas las noches*, il. Masberger. «La Novela de Hoy», 256 (Madrid: Imp. de Sáez Hermanos, 8-IV-1927), pp. 7-9.

⁶⁵ Rafael Marquina: «Retrato del autor», en Emilio Carrere: *El suicidio de Blas del Dueso*, il. Mel. «La Novela de Hoy», 504 (Madrid: Atlántida, 15-I-1932), pp. 3-5.

minoso y gusta de aspirar el perfume de las flores del mal. En su delectación hay un placer morboso. En su poesía, un hondo latido humano. [...] Para los siete pecados, la lira septacorde; pero el poeta la tañe con cierto cálido desdén por no decirle al mundo el secreto terrible del octavo pecado, aquel en el cual la muerte es el súcubo de la vida. Tras la danza macabra, la lujuria, el amor y la muerte caen revueltas y abrazadas en la yacija del lodo. Carrère lo ha visto, y de esta visión sabática arranca su fortaleza. Su panteísmo tiene así la emoción de lo eterno. Y para vencer a la muerte se abraza a la vida, aún sabiendo —o precisamente porque sabe— que no es más que una carroña.»

La explicación no está mal y define bastante bien los contenidos de Carrere y su postura poética y aún vital. Fernández Flórez, en su «Caricatura de Carrère», reivindica para él la condición de espectro, al que jamás ha visto de día; y llega a la asombrosa conclusión de que está muerto, de que es un vampiro. Ha muerto envenenado por la atmósfera de los cafés que los bohemios apestan con el doble hedor de su tabaco y de sus botas. Concluye: «Carrère extingue sus pecados con una pena hartó dura. El tribunal que rige las acciones de los espectros le ha condenado a permanecer sobre el mundo hasta que *coloque* y cobre dos mil veces la misma poesía o el mismo cuento a las empresas de publicidad. ¡Terrible labor! Carrère ha deslizado ya trescientas veces el *refrito* del que sólo le es permitido cambiar el título. Carrère es animoso. Pero cuando piensa en las tentativas que aún ha de hacer... a veces desmaya.»

Las opiniones sobre Carrere son tan abundantes que no podemos por menos de prescindir, en aras de la brevedad y pese a su importancia, de algunas tan bien conocidas como las de Cansinos⁶⁶, Ramón⁶⁷, González Ruano⁶⁸, Sainz de Robles⁶⁹, «Azorín» («Aleluyas del buen poeta»)⁷⁰, Juan López Núñez⁷¹, Diego San José⁷², José Alfonso⁷³, Enrique Díez-Canedo⁷⁴ y José Montero Alonso⁷⁵.

⁶⁶ Rafael Cansinos Assens: *La nueva literatura I* (Madrid: Sanz Calleja, s. a.), pp. 201-213. Rafael Cansinos Assens: *Los temas literarios y su interpretación* (Madrid: Sanz Calleja, s. a.), pp. 103-105.

⁶⁷ Ramón Gómez de la Serna: *Retratos contemporáneos*, en Ramón Gómez de la Serna: *Retratos completos* (Madrid: Aguilar, 1961), pp. 462-467.

⁶⁸ César González Ruano: *Siluetas de escritores contemporáneos* (Madrid: Editora Nacional, 1949), pp. 123-127. César González Ruano: *Trescientas prosas* (Madrid: Prensa Española, 1976), pp. 134-136.

⁶⁹ Federico Carlos Sainz de Robles: *El espíritu y la letra (Cien años de literatura española: 1860-1960)* (Madrid: Aguilar, 1966), pp. 102 y 115. Federico Carlos Sainz de Robles: *Raros y olvidados (la promoción de «El Cuento Semanal»)* (Madrid: Prensa Española, 1971), pp. 109-112. También pueden encontrarse referencias a Carrere en todos sus estudios dedicados a la novela corta y a la «Promoción de El Cuento Semanal».

⁷⁰ «Azorín»: «Aleluyas del buen poeta», en *Los Quinteros y otras páginas* (Madrid: Caro Raggio, 1925), pp. 201-209.

⁷¹ Juan López Núñez: *Triunfantes y olvidados. Episodios de la historia desconocida* (Madrid: Renacimiento, 1916), pp. 97-114.

⁷² Diego San José de la Torre: *Gente de ayer. Retablillo literario de comienzos de siglo*, prólogo de Mario Albar (Madrid: Reus, 1952), pp. 255-260.

⁷³ José Alfonso: *Siluetas literarias* (Valencia: Prometeo, 1967), pp. 39-43.

⁷⁴ Enrique Díez-Canedo: *Estudios de poesía española* (México: 1955), pp. 95-102.

⁷⁵ José Montero Alonso: *Emilio Carrere* (Madrid: Ayuntamiento de Madrid-Instituto de Estudios Madrileños, 1974).

En su lugar hemos seleccionado cuatro por menos conocidas o por su vinculación directa con la poesía de Carrere.

La primera corresponde a Álvaro Retana, que con el seudónimo «Carlos Fortuny» publicó en 1931 un libro titulado *La ola verde*⁷⁶. En dicha «antología», al glosar la obra de Carrere *La casa de la Trini*, publicada en *La Novela de Noche*, dice: «Emilio Carrère se molesta en desfigurar lo que saquea, y hasta lo avalora notablemente. No incurriré en la vulgaridad de acusarle de plagiarlo; pero tampoco me permitiré la libertad de proclamarle original. Sin Edgar Poe, Verlaine, Baudelaire y otros cuantos rezagados de Oscar Wilde, Emilio Carrère no habría podido pasar por poeta ni en la China, que es donde gastan la manga más ancha. [...] sus poesías, aunque encantadoras, no representan en España nada nuevo —Rubén Darío, Bécquer, fueron *nuevos* como hoy lo son Federico García Lorca o los Machado— [...] Carrère nos trajo con retraso el cliché de Verlaine-Poe-Baudelaire».

Esta dura opinión de Retana contrasta con el dictamen que José Francés realiza bajo la fotografía de Carrère en la citada antología publicada en *Los Poetas*⁷⁷: «Examinada seriamente, sin apasionamientos adversos o propicios, la poesía contemporánea, no podríamos hallar con un derecho perdurable y capaz de resistir todas las revisiones futuras, sino tres o cuatro nombres de poetas españoles. Uno de estos nombres es el de Emilio Carrère». Y para concluir con la revisión de esa antología, Cesar Falcón, en el prólogo, llama a Carrere bohemio, romántico y poeta del pueblo, de su pueblo, es decir, de Madrid.

La valoración de Francés contrasta con un reciente artículo de Miguel García Posada dedicado a glosar la última antología de Carrere⁷⁸, en el que leemos: «La gloria artística está reservada a unos pocos; la fama, en cambio, se dispensa a muchos, pero tiene un cruel corolario, y es el olvido [...] ¿Quién se acuerda hoy de Emilio Carrere? [...] En su buena época, Carrere vendía muchos más ejemplares de sus obras que Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado o su hermano Manuel. La gente de la calle se sabía de memoria muchos de sus versos. [...] Hoy sus versos están olvidados: ni la calle los recuerda, ni la gente los lee.» García Posada, con gran acierto, ha puesto el dedo en la llaga: *Sic transit gloria mundi*. De forma igualmente acertada considera que la publicación de la antología es muy adecuada por su valor histórico.

Finalizamos esta ronda de opiniones con la de su «parodiador» Jorge Llopis en su falsa antología ya citada⁷⁹: «Extraña es la producción literaria de Carrere;

⁷⁶ «Carlos Fortuny»: *Crítica frívola. La ola verde* (Barcelona: Jasón, 1931), pp. 61-76. La obra de Retana es un furibundo ataque a muchos de sus compañeros de profesión, a los que acusa de pornógrafos. Su enfado era justificado, ya que ninguno le ayudó cuando fue a la cárcel en la cruzada antipornográfica de la Dictadura.

⁷⁷ Emilio Carrère: *Sus mejores versos*, prólogo de César Falcón, il. Pedraza Ostos. «Los Poetas», 21 (Madrid: s. n., 1928).

⁷⁸ Miguel García Posada: «Olvidados y famosos», en *El País*, 29-IV-1999.

⁷⁹ Véase nota 56.

extraña y desgreñada su inspiración ramplona y tópica. Cuesta trabajo pensar que este poeta de cafetín, prosaico y falsorro, pueda ser considerado como representativo de algo, aunque sea de lo más descabellado. [...] Carrere se inventó un argumento para su existencia, [...] vivió una bohemia falsa de tugurio y tasca, lugares trasnochados que fueron forillos de su drama y ya formaban parte del decorado del acto primero de *Juan José de Dicenta*». Excesivo rigor a nuestro juicio; Carrere tuvo, en su época, sus méritos indudables. Lo que sucede es que la literatura es un género perecedero, tiene fecha de caducidad. Sólo aquellos que escapan del espacio y del tiempo, y que influyen de forma notable en la cultura universal, no conocen la amargura del olvido. Dentro de los géneros literarios, la poesía, ligada indisolublemente al idioma, y por tanto con unas menores posibilidades de universalidad, es la que conoce un proceso de obsolescencia mucho más largo. El teatro y la novela envejecen mucho más pronto. Salvo que sean geniales.

II. ESTUDIO DE LOS POEMARIOS DE EMILIO CARRERE *ROMÁNTICAS Y EL CABALLERO DE LA MUERTE*

1. Ediciones de *Románticas*

En 1902, a sus veintiún años, Carrere publica su primer poemario, *Románticas*⁸⁰. Se reeditó, años más tarde, como tomo XIV de las obras completas de Carrere por la editorial Mundo Latino, con el título *Románticas y otros poemas*⁸¹ y gran profusión de bellas ilustraciones en blanco y negro de Dehesa de Mena. Esta segunda edición tiene una addenda importante: unas primeras páginas (5-9) carentes de título —tres asteriscos en el índice— en las que Carrere habla de este su primer poemario con palabras sorprendentemente duras: «Es un libro malo, balbuciente, lleno de influencias. Es el primer puñado de poesías ingenuamente torpes.»

Dichas influencias confiesa que son de Heine y Bécquer, pero es fácil encontrar muchas más; Carrere enseguida nos habla de su musa, de un amor juvenil, claro está, perdido: «Todo este librito está lleno de la memoria de aquella adolescente a la que no besé jamás. Pero en estas páginas apenas hace ella su encantadora aparición.» No la besó, y ella, tal vez en venganza por su indecisión, se casó con otro. A Carrere este dolor por lo que pudo haber sido y no fue le remite a los versos de Icaza:

⁸⁰ Emilio Carrere: *Románticas (Poesías)*, poesía-prólogo de J. Ortiz de Pinedo (Madrid: Imp. de La Prensa de Madrid, 1902).

⁸¹ Emilio Carrere: *Románticas y otros poemas. Poesías. Obras Completas*, 14 (Madrid: Mundo Latino, s. a.).

No quiero verla, no quiero;
será tan triste encontrarla
con hijos que no son míos
durmiendo sobre su falda.

Y de nuevo, vuelve a autoflagelarse: «Tales íntimas y confusas sensaciones surgen al releer estas páginas, ingenuas, ramplonas, desgarradas de mi primer libro. [...] Yo no hubiera exhumado este libro falso, mediocre, lamentable, tan lejos de mi estética actual. Es una ofrenda para los coleccionistas, [...] Ya he confesado que el libro es malo, pero también diré que para mí tiene un encanto que no tienen otros: el de hacerme recordar, vivir otra vez la época más amable de mi vida. ¡Entonces apenas tenía yo veinte años!» Tenía, exactamente, veintuno.

En ambas ediciones de *Románticas* abre el poemario una poesía-prólogo de J. Ortiz de Pinedo, estructurada en dos largas estrofas de treinta y siete versos la primera y quince la segunda, endecasílabos, que se quiebran en los versos trigésimoseptimo y cuadragésimo, que son heptasílabos. Siendo amable con el autor, el prologuista define bastante bien la poesía de Carrere:

Es, poeta, tu voz, blando gemido
que llena el corazón más que el oído
y al corazón que llega lo entristece;
tiene el encanto del rumor perdido
con agonía trémula, y parece
la quejumbrosa voz de un ser querido
que, enfermo de tristeza, desfallece.

La edición de 1902 desgrana, a través de sus sesenta y tres páginas, un total de cuarenta y cinco breves poemas. Esta edición fue, muy probablemente, sufragada por su autor, siguiendo la costumbre de la época, y abunda en dedicatorias y erratas de imprenta a las que no escapan los nombres de los homenajeados ni los títulos de los poemas como tendremos ocasión de señalar.

La segunda edición suprime hasta ocho poemas de la primera: «Ausencia», «Timidez», «Sueños», «Mentiras», «Confidencia», «¿Quién es ella?», «Becqueriana» y «La casa sola». A cambio, añade cuatro en la primera sección —que carece de título, aunque se supone que debe ser «Románticas»— y dieciséis en la segunda sección, «Otros poemas».

Cuatro de los poemas incluidos en *Románticas* reaparecerán en *El Caballero de la Muerte* siguiendo la costumbre carreriana de utilizar los mismos mimbres para distintos cestos. No debemos concluir este estudio comparativo sin señalar que la segunda sección, «Otros poemas», difiere notablemente tanto por sus contenidos como por su métrica del bloque de poemas de la primera edición de *Románticas*.

2. *Románticas*: un título que responde más a la acepción literaria que a la sentimental

En *Románticas* aparecen ya aquellos contenidos, el Dolor, la Enfermedad y la Muerte, que serán recurrentes en toda la trayectoria carreriana. También sus influencias literarias: las viejas tenebrosidades de nuestros románticos, de la literatura gótica inglesa y de autores que Carrere sin duda había leído y admirado como Villiers de l'Isle-Adam, o nuestro Cadalso con sus *Noches lúgubres*, conforman unos poemas balbuceantes y de un valor literario escaso. Leyendo, por ejemplo, «Crepúsculo», poema dedicado a Villaespesa, no se puede por menos que acordarse de *Vera*, el mejor de los *Cuentos crueles*, o de algunas de las narraciones de Poe. No deja de ser curioso que en todos los poemas es la amada la que muere, aferrándose el poeta a su papel de narrador para sobrevivir. No obstante, en algunos casos el poeta muere por su propia mano, convirtiendo el suicidio en otro de los temas recurrentes de la poética de Carrere.

Los temas religiosos no abundan, pero, curiosamente, muchos de los poemas tienen su localización en un templo. Carrere pone a Dios por testigo de sus complicaciones amorosas. Es precisamente un poema religioso, «Flor de llanto», el que, a nuestro juicio, alcanza el máximo valor literario dentro del poemario:

Cuando nubló la lágrima postrera
de Jesús la tristísima mirada,
en los divinos ojos de María
también brotó una lágrima.
Y una y otra, cual mística semilla
de una flor de tristeza y de nostalgia,
besáronse al caer, y de aquel beso
brotó la pasionaria.

La deuda con Bécquer es absoluta en éste y en la gran mayoría de los poemas; pero tampoco el Espronceda apócrifo está ausente, aunque, eso sí, hibridado con Gustavo Adolfo a partes iguales en «Estrofas»:

Me agrada oír como la lluvia azota
en las noches de invierno,
los rotos arcos y las viejas tumbas
del derrumbado feudo.
Me agrada contemplar un cementerio
al amarillo rayo de la luna,
y los sombríos sauces que se inclinan
llorando hacia las tumbas.

Fue Carrere hombre dado al romancero, las canciones populares e infantiles y la literatura popular. No es de extrañar un poema que remite a la novela pastoril y hasta el mismísimo Gabriel y Galán, «La pastorcilla»:

Vaga llorosa la pastorcilla
por la pradera, por la montaña,
canta una triste canción de amores
y cuando ríe, ríe apenada,
y es que el primer desengaño
deja hondo surco en el alma.

Al margen de que el metro del último verso destroza la sonoridad del poema, el referente de Gabriel y Galán es infinitamente superior. Carrere no se esforzaba mucho en lograr una aceptable medición de los hemistiquios. Tampoco le preocupaba que algunos de sus postulados resultaran pedestres:

Hoy ya no pienso en ti. ¡Suerte completa!
Ya olvidé mi amoroso devaneo.
Como mucho, paseo en bicicleta
y duermo bien desde que no te veo.

Aunque si bien se mira, hoy tales planteamientos, lejos de ser pedestres, encajarían perfectamente en muchos de los postulados de nuestros actuales poetas, a los que no estaría de más recordar que aspectos como cotidianidad, irrupción de la técnica, etc., estaban ya presentes en el modernismo. Pero si el anterior poema, «Tedio», resulta salvable, ya no tanto «Historia vulgar», en el que Carrere nos recuerda al modo de Muñoz Seca en *La venganza de don Mendo* que «el matrimonio, creo yo/ es suficiente castigo»:

Mas, después la razón entró en mi espíritu
y me dijo: ¿De qué te has de vengar?
¿Se ha casado con ella? Pues entonces
estás vengado ya.

Claro que *La venganza...* se estrenó mucho después.

Mención especial merece el último de los poemas de *Románticas*, «¡Cantad, obreros!», muy distinto a los anteriores. Inútil buscar resonancias bakuninistas en el mismo. Carrere, el pretendido bohemio, se nos muestra a sus veintún añitos como un autor de derechas «de los de toda la vida». Volverá a la carga con planteamientos antibolcheviques en alguno de los «Otros poemas»: «Visión roja» y «Sinfonía blanca y roja». Lo de «blanca» debe ser un homenaje al zarismo. Pero oigamos su canto al trabajo no como generador de plusvalías sino como fuente de virtud:

¡Trabajad!... ¡vive Dios!... Firmes, prolijos,
llenos de fe vuestros honrados pechos,
que es el trabajo el pan de vuestros hijos
y la insignia de todos los derechos.

Aseveraciones muy en línea de los sindicatos católicos. El «mensaje» de Carrere es, sin duda, el de *El Mensajero del Corazón de Jesús*.

Veintitrés de los poemas están dedicados: tres de ellos a autores tan conocidos como Grilo («Ante el altar»), Villaespesa («Crepúsculo») y Ortiz de Pinedo («Perdón») y dos a mujeres («Tedio» e «Imposible»). Todas las dedicatorias desaparecieron en la edición de 1922.

3. La métrica de *Románticas*

Hay que señalar que la métrica de *Románticas* es monótona y bastante elemental. Carrere utiliza por igual la rima asonante y consonante, sin importarle mucho si se trata de versos de arte mayor o menor. De hecho, en la mayor parte de los poemas, utiliza endecasílabos que quiebra a heptasílabos, en estrofas de cuatro versos, y más raramente de cinco o seis. Hay también algunos metros inusuales como decasílabos que quiebran a octosílabos y varios dodecasílabos. Los poemas, como ya hemos dicho, son breves, de dos, tres y cuatro estrofas. En algún caso se alargan: «Última esperanza» (diez estrofas), «La casa sola» (ocho estrofas), así como la práctica totalidad de los correspondientes a la sección «Otros poemas» de la segunda edición. En todo el poemario sólo nos encontramos con dos sonetos: «Mentiras» y «Fúnebre», que es alejandrino. Utiliza Carrere los serventesios, «Risas amargas» y «La última cita», las quintetas, «Mi eterno amigo», las coplas, «Nocturna» (en la segunda edición se denomina «Nocturno», corrigiendo la errata de la edición original), y el romance heroico, «El eterno compañero», aunque la mayoría de los poemas pueden calificarse como silvas, en sus diferentes modalidades, desde la asonantada hasta la rara silva par, tan cara a los modernistas. En resumen, una métrica que dice mucho de la bisoñez del autor.

4. Ediciones de *El Caballero de la Muerte*

En 1909 Emilio Carrere publica su segundo poemario, *El Caballero de la Muerte*⁸² con el que se consagra como poeta. Antes, en 1902, había dado a la luz *Románticas*, poemario que acabamos de comentar, un librito que no alcanzaba las cien páginas. De ahí la importancia del segundo, aunque Carrere había sentado ya oficio de poeta con su antología del modernismo ya aludida. Del éxito de este libro da idea el que conociera tres ediciones más con ligeras modificaciones y sin el cambio de título tan habitual en Carrere.

La edición original constaba de 173 páginas y fue impresa en Madrid en la Imprenta de la Gaceta Administrativa, Librería de Pueyo (Biblioteca Hispano Americana). Carrère firma como antecede, con acento grave sobre la primera e

⁸² Emilio Carrère: *El Caballero de la Muerte*. Biblioteca Hispano Americana (Madrid: Librería de Pueyo, 1909). En la portada externa aparece el subtítulo *Poemas*. Al final incluye una «Impresión de lectura» de Felipe Trigo (pp. 161-172).

que, posteriormente, pasará a ser agudo o se suprimirá. La obra lleva la siguiente dedicatoria: «Al gran maestro del periodismo D. Miguel Moya, homenaje de admiración y amistad de EL AUTOR». Obviamente, Carrere sabe muy bien a quien dedica sus versos: Miguel Moya (1856-1920) fue, en efecto, maestro de periodistas, creador y presidente de la Asociación de la Prensa, diputado liberal a Cortes, pero, sobre todo, dirigió el consorcio periodístico madrileño que agrupaba a tres periódicos, *Heraldo de Madrid*, *El Imparcial*, y *El Liberal*. Asegurarse el favor de un dirigente de la prensa, en unos momentos en que ésta publicaba diariamente versos no era ningún disparate. Luego, la dedicatoria desapareció, cosa nada rara, si tenemos en cuenta que Moya murió en 1920. Esta primera edición constaba de varias secciones: una primera sin nominar, «Saudades», «Cancionero», «Rimas galantes», «Varia», y «Canciones y baladas».

Pasarían diez años antes de la publicación de la segunda edición en 1919⁸³, la de factura más bella, con maravillosas ilustraciones de Enrique Ochoa. Fue impresa en Madrid, en la Tipografía de Yagües. Esta edición mantiene casi todos los poemas originales, excepto «Alucinación», «Año nuevo», «Canción de la farándula», «La canción errante», «Verano», «La Gloria» y «La mujer aragonesa»; e incorpora, en treinta y cuatro nuevas páginas (consta de 207 en total), hasta catorce composiciones más: «Café de artistas», «Los jardines de la noche», «El rey chispero», «Oración a la bohemia», «Elogio de las ramera», «El hospital», «La danza de los siglos», «Las manos de Elena», «El rey cretino», «El reloj de San Plácido», «La Plaza Mayor», «La pipa», «Dogal de amor» y «Los ojos de los gatos». Las secciones quedan reducidas a tres: una primera sin nominar que agrupa cuarenta y nueve poemas, «Varia» con cinco, y «Canciones y baladas» con dieciocho.

La tercera aparecería en 1921⁸⁴, y es mucho más pobre, tipográficamente hablando, que la segunda, aunque la portada de Federico Ribas es tan bella como todos los dibujos de dicho autor. El tamaño es el mismo, 19 cm., cuenta con 221 páginas, y carece de los bellos grabados intercalados en el texto de la segunda. En ella se mantuvieron las supresiones de la edición de 1917; como variaciones, señalar que el poema «Balada» cambia de título y pasa a llamarse «Junto a la fuente». De las adiciones de 1917 sólo conserva una, «El hospital», mientras que desaparecen las trece restantes. También desaparece en esta edición el nombre del poema autorretrato que abre el poemario que, únicamente, en la edición ori-

⁸³ Emilio Carrere: *El Caballero de la Muerte*, il. Enrique Ochoa. Obras Completas, 1 (Madrid: Mundo Latino, [1919]). Hemos establecido la datación de acuerdo con el anuncio y la ficha aparecidos en los números 22 y 23 de 1919 de la revista *Bibliografía general española e hispanoamericana*. En la editorial Mundo Latino se publicó una segunda edición en 1921 con ilustraciones de [Máximo] Ramos y [Enrique] Ochoa; su número de páginas es mayor al incrementar las ilustraciones, pero mantiene el texto sin variación.

⁸⁴ Emilio Carrere: *El Caballero de la Muerte*. Obras Completas de Emilio Carrere, 6 (Madrid: Renacimiento, 1921).

ginal lleva el adecuado título, «Alma de la noche»⁸⁵. De nuevo, las secciones quedan reducidas a tres: una primera sin nominar que agrupa cuarenta y nueve poemas de los sesenta y seis que tiene el poemario, «Varia» con cinco poemas, y «Canciones y baladas» con doce. Incorpora siete nuevos poemas: «Nocturno de verano», «Semana Santa de amor», «La aventura de Don Juan», «La sibila», «La vía de la amargura», «Luna de abril» y «Luna de mayo».

Todavía *El Caballero de la Muerte* conoció una edición más en 1946⁸⁶, en la colección Crisol (número 159) de la editorial Aguilar, impresa, naturalmente, en Madrid. Consta de 440 páginas, incluye un retrato de Carrere y una «Nota preliminar». Aunque conserva el título y buena parte de los poemas de la edición original, incorpora otros muchos, lo que la cataloga como una antología o *Selección de poesías* como reza en su subtítulo.

5. *El Caballero de la Muerte*: un título que responde perfectamente a los contenidos

Pese a que el poema más conocido y de mayor éxito del poemario es sin duda «La musa del arroyo», aquél que le da título, «El Caballero de la Muerte», es el que mejor define sus contenidos: Amor y Muerte, *Eros y Thanatos*, son los temas claves de todo el conjunto. Si no fuera porque en el momento en el que el poema fue escrito Martín Heidegger no había publicado *Ser y Tiempo* —y de haberlo hecho, Carrere no lo habría leído—, cabría pensar que en el origen de los planteamientos poéticos de Carrere estaba la concepción heideggeriana de «ser relativamente a la muerte». Es más, Carrere entiende la muerte en la forma inauténtica que describía el filósofo existencialista, como muerte-del-otro. No es el poeta el que muere, sino su amada. Es la niña, en el poema que da título, la que espera al bienamado que nunca llega y recibe la visita de la Muerte, armada caballero, de aquella que es la única que no puede morir.

Esa obsesión necrófila está sin duda influenciada por Poe, pero también responde a la frase de Wilde: «Todo hombre mata aquello que más ama, el cobarde con un beso y el valiente con una espada». Matar aquello que se ama, amar aquello que irremisiblemente va a morir: eso es lo que nos cuenta Carrere en sus versos, unos versos ya viejos que esconden, bajo la capa modernista de su rima y de su metro, de su musicalidad un poco abrupta, los viejos temas románticos. Leyendo a Carrere nos retrotraemos a la literatura gótica inglesa de

⁸⁵ En la *Antología* realizada por José Montero Padilla se incluye el primer poema de *El Caballero de la Muerte* bajo el título erróneo de «[Retrato]». Este poema se publicó por primera vez el 18 de marzo de 1908 en *El Liberal* con el título «El amor de la noche»; en la primera edición (1909) de *El Caballero de la Muerte* aparece como «Alma de la noche», en las dos posteriores carece de título y en la última de 1946 aparece con el de «Pórtico».

⁸⁶ Emilio Carrere: *El Caballero de la Muerte (Selección de poesías)*. Colección Crisol, 159 (Madrid: Aguilar, 1946). Al inicio incorpora una breve «Nota preliminar» titulada «Emilio Carrere Moreno» (pp. 11-14).

Lewis y a la *Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas* de nuestro gran plagista del siglo XIX Agustín Pérez Zaragoza. Carrere nos habla de la muerte, unas veces, *sensu estricto*, y otras mediante metáforas o referentes menores. No otra cosa que referentes de la muerte son el Dolor, la Enfermedad, la Miseria, el Hambre y la Locura. Muerte del cuerpo y de la mente, muerte hecha metáfora en la carne tumefacta, en la sala del hospital, en la boca desdentada, en las escrófulas, en la huesa. Muerte del cuerpo y la mente, de la propia estimación, en esa carne macerada de prostíbulo, macerada y mancillada con una forma de martirio que hizo que Vidal y Planas, coetáneo de Carrere, reivindicara para las hetairas la condición de santas. Para Carrere, detrás de la belleza está el dolor: «qué bonita cae la nieve/ y qué cruel», detrás del placer y del amor, la muerte. Es obvio que Carrere se inventó su disfraz de bohemio, pero no su tristeza, ni su soledad, ni su «sentimiento trágico de la vida», que fueron sin duda auténticos.

6. *El Caballero de la Muerte. Una muy acertada crítica*

El 9 de mayo de 1909 Julio Camba escribía en la primera página de *El Mundo* de Madrid la crítica de *El Caballero de la Muerte*⁸⁷. Una crítica encomiástica y extraordinariamente acertada. Veamos lo que dice: «Hay que desconfiar de los poetas y de las tristezas de los poetas; pero a mí los versos del Sr. Carrere me producen una impresión exacta de sinceridad. No diré, como Felipe Trigo, que me han hecho llorar, y no creo tampoco que Trigo haya llorado. Se necesitaría ser muy estúpido para llorar leyendo unos versos, aunque sean tan bellos y tan tristes como los del Sr. Carrere. Pero si no he llorado, me he conmovido [...] El Sr. Carrere ha hecho un libro realmente admirable. Un poco anarquista, un poco místico, un poco inmoral y muy triste. Yo no me atrevo a decirle al Sr. Carrere lo que Barbey d'Aureville le dijo a Baudelaire: Después de escribir las *Flores del mal*, no tiene usted más remedio que hacerse cristiano o saltarse la tapa de los sesos». Es difícil encontrar algo más certero que lo que antecede. Anarquista, de derechas, claro, como muchos de su generación, era sin duda Carrere. Místico también, eso sí, laico, pero lleno de imágenes religiosas. Inmoral, según se mire y triste a raudales, con esa tristeza que, contraviniendo a Machado, da el no creer en nada. Ni tan siquiera en uno mismo.

7. Estructura y análisis de *El Caballero de la Muerte*

Como ya hemos dicho, la primitiva separación en secciones de la edición original había desaparecido prácticamente en la de 1917. En este apartado va-

⁸⁷ Julio Camba: «Versos de Emilio Carrere: *El Caballero de la Muerte*», en *El Mundo*, Madrid, 9-V-1909, p. 1.

mos a realizar nuestro análisis utilizando la edición de 1921, por considerarla definitiva. Comenzando por la última de sus tres subdivisiones, «Canciones y baladas», que agrupa doce poemas, su unidad temática no es excesiva. «Tarde de provincia», estructurado en cinco estrofas de ocho versos dodecasílabos rimados como serventesios dobles con rima independiente, inserta, entre cada una de sus octavas modernistas, una canción infantil popular: «Yo me quería casar/ con un mocito barbero/ y mis padres me querían/ monjita de un monasterio.»

Metro y rima cambian en el siguiente poema, «Cansancio», en el cual expresa el tedio vital y el dolor de la juventud que se aleja a través de seis estrofas con un número de versos variable (entre tres y ocho), de metro también variable, tetra, hexa y dodecasílabos que son los que predominan, y con rima consonante; se trata, por tanto, de una silva par.

Los cuatro siguientes poemas, «La vieja hilandera», «Envío», «El hospital» y «Nocturno de verano», utilizan el alejandrino, al igual que otro poema de esta misma sección, «La vía de la amargura». Hay que decir en honor de Carrere que la utilización de este metro largo se ve reforzada, en general, por unos hemistiquios, si no perfectos, bastante bien medidos. A veces quiebra el metro, bajando a nueve y once sílabas, como en «El hospital» o en «Nocturno de verano». Con respecto a la rima, es siempre consonante y, en general, adopta forma de serventesios, salvo los pareados de «La vieja hilandera», esquema muy utilizado por Carrere y que hoy no encaja con nuestro concepto del ritmo y la sonoridad. Temáticamente, los poemas no guardan relación: «La vieja hilandera» de forma casi alegre remite a la Muerte, tejiendo en su rueca la vida, al igual que «Envío»; pero en «El hospital» vemos la cara terrible de la muerte en soledad, mientras que «Nocturno de verano» es alegre y canta al poeta en forma de cigarra. «La vía de la amargura», formado por dos sonetos alejandrinos, es un poema religioso que apela al Cristo del Vía Crucis para que ilumine la vía de la amargura que es la vida:

¡Cristo de los humildes, Cristo de los leprosos,
torna a darme tu lámpara de óleos maravillosos,
para alumbrar mi yerma vía de la amargura!

Carrere recurre al romance en «Semana santa de amor» y a los versos eneasílabos y decasílabos en el resto de las composiciones. La rima, siempre consonante salvo en el romance, se estructura en serventesios, tercetos encadenados y coplas reales.

La sección «Varia», agrupa cinco composiciones. De nuevo nos encontramos alejandrinos en cuatro de ellas: «El Honor», «La Moral», «Coda sentimental» y «Jardín fúnebre»; en la otra composición, «Las siete doncellas», los versos son hexadecasílabos. En este poema utiliza Carrere la rima asonante, prácticamente monorríma. Este carácter monorrímo aparece también en otras dos composiciones: «El Honor», en forma de tercetos, y «Coda sentimental»,

formado por pareados con rima independiente. «La Moral» y «Jardín fúnebre» son sonetos. Temáticamente hay una cierta unidad: «El Honor» es una refutación de su sentido calderoniano, «La Moral» increpa a la vieja solterona seca que abomina de la felicidad y del placer ajeno, mientras que en «Coda sentimental» la misma solterona, convertida en hermana del poeta, recibe, como ejemplo de pureza, todos los parabienes; para redondear ese planteamiento, «Las siete doncellas» castas sucumben al amor de perdición:

¡Oh, fracaso de los más floridos sueños del alma,
casto azul que los más fieros, rojos instintos empañan!
En sus corceles salvajes siete mancebos llegaban,
eran los siete mortales enemigos de las almas.

Finalmente, «Jardín fúnebre», pese a su estructura de soneto en alejandrinos, tiene un gusto al Espronceda apócrifo, concretamente a «Desesperación»:

Sueño en mis largos tedios con una loca orgía [...]
Que canten sus agravios mis amadas de un día,
las que por mí olvidadas derramaron su llanto,

Y continuando ahora por el principio entramos en el núcleo central del poemario, convertido en una única sección de las cuatro que inicialmente tenía la edición primera. Para una mayor simplicidad nos remitiremos a esa subdivisión inicial.

El poemario se abre con una composición en forma de autorretrato que consta de un total de setenta y cuatro versos alejandrinos agrupados en siete estrofas que, a su vez, se subdividen en pareados con rima consonante, lo que a nuestro juicio confiere al poema una cierta pesadez. En la edición de 1909, el poema se titulaba «Alma de la noche», título que perdió en las dos ediciones posteriores, en las cuales no tenía ninguno. En su tiempo, impresionaron mucho —a Julio Camba y a Felipe Trigo que confesó haber llorado al leerlo— unos versos finales del poema:

Came toda lujuria, un triste amor lejano
ha puesto la pistola de Werther en mi mano;

Imposible creerlo.

La muerte es el tema central del poema que da nombre al libro y del que le sigue, «Cortejo». «El Caballero de la Muerte» va precedido de unos versos de Augusto Ferrán muy adecuados:

Eso que estás esperando
día y noche y nunca viene,
eso que siempre te falta
mientras vives, es la muerte...

El poema está compuesto por cuatro estrofas de quince versos octosílabos cada una, excepto los undécimos que son pentasílabos (el de la tercera estrofa es tetrasílabo) y los decimoquintos que son tetrasílabos. La rima es consonante, formando dos redondillas iniciales independientes, un terceto menor encajado a la segunda que quiebra el último verso y una cuarteta o redondilla final que también quiebra el último verso. «Cortejo» es también de arte menor y describe un entierro que marcha... hacia la fosa común.

«Flor de bohemia» nos prepara para el que sería el más famoso poema de Carrere, «La musa del arroyo». Ambos comparten una protagonista, Risa Loca, la amada real del poeta, la musa del arroyo en la cual se mezclan el Dolor, la Miseria y la Muerte, junto con la Locura. Mientras que el primero es un soneto alejandrino, el segundo, tiene cuatro estrofas de dieciséis versos octosílabos cada una que se quiebran en el octavo; los decimosextos forman el célebre estribillo «se reía, se reía». El poema alterna las cuartetos con las redondillas. Hay en él esa tendencia, tan carreriana, de concluir versos con el artículo indefinido femenino, tan socorrido para rimar con «luna» y la no menos fácil rima de los adjetivos adverbializados para rimar con «mente». En su tiempo se consideraron innovaciones modernistas lo que ahora nos parecen vulgaridades. Risa Loca vuelve a nosotros en el siguiente poema que lleva su nombre; está formado por ocho tercetos alejandrinos monorrimos y una coda final de cuatro versos que rompe también el planteamiento monorrimo y cambia a ABAB para decirnos que el poeta prefiere a su Risa Loca que a las honradas y frívolas burguesitas. Carrere abre el poema terminando el segundo verso en «laceria», palabra que usa mucho y que tiene la ventaja de rimar con «histeria» y con «miseria».

Octosílabos serán los versos de las dos siguientes composiciones, «Nulla est redemptio» y «Alta noche», que, junto con los dodecasílabos del soneto «La bella locura», y los heptasílabos y endecasílabos de los quintetos de «Horas» y de la silva arromanzada «El dolor de la noche», cierran esta primera sección en la edición original. Todos ellos poseen una unidad temática, nos hablan del poeta, de su dolor, de su desesperanza, de la muerte de su amada. El más celebrado de todos fue «Horas» y la sombra del pájaro de mal agüero citado en la primera estrofa persiguió a Carrere durante mucho tiempo:

Soy el bardo maldito.
En el altar del Mal tengo mi rito;
mi única y triste amiga, la corneja,
al pasar me saluda con un grito
desde su nido de la torre vieja.

La siguiente sección sería «Saudades», que agruparía hasta catorce poemas con reminiscencias de Darío y de Bécquer. Nos habla de amores tristes, de morriñas sentimentales, de recuerdos del amor y de la juventud que ya no volverán. Dodecasílabos, alejandrinos, endecasílabos alternando con heptasílabos,

octosílabos, y algún tetrasílabo perdido forman sonetos, sextetos, serventesios, y silvas; tampoco pueden faltar sus tercetos monorrimos tan característicos. Carrere, que rinde homenaje a sus poetas preferidos con citas que anteceden a los poemas, incluye, en «Junto a la fuente», una de Rostand:

Así la pobre Humanidad doliente,
cuando a su paso pasa la ventura,
sin mirarla se aleja indiferente.

Hemos hablado de Bécquer y Darío, pero hay incluso ascendentes manriqueños, por más que Carrere no quiebre el último verso, en «Lejos»:

¿Por qué si nos adoramos,
pasará nuestra existencia
sin amores?
Por sendas opuestas vamos:
enferma tú por mi ausencia
yo a solas con mis dolores.

Componen esta sección, además de los dos poemas ya mencionados, «Evo-cación», «Pantomima», «La casa sola», «Jardín de otoño», «Perdón», «Claro de luna», «Ante el clave», «La primavera vuelve», «En el templo», «Horas de ausencia» y «Confidencia».

La siguiente sección, «Cancionero», agrupa nueve composiciones. La primera, «Sonatina de abril», es un homenaje a Darío, por más que rima y metro nada tengan que ver con el genio del modernismo. Curiosamente, y como ya sucedía en un poema de *Románticas*, estas coplas hexasílabas de rima asonante recuerdan algo a ¡Gabriel y Galán!:

Se rejuvenece
la antañona plaza,
y cantan los niños
antiguas baladas.

Las composiciones más interesantes de este apartado son aquellas que, inspirándose en canciones populares infantiles, componen unos muy bellos poemas. Carrere está esta vez muy acertado: no inserta la canción infantil, sino que, aprovechando uno o varios versos de aquella, compone una bella estructura con aporte original de su estro. Veamos «El romance de la Princesa muerta» (debería ser Reina muerta, pues está dedicado a Doña Mercedes, la primera esposa de Alfonso XII):

«Los faroles de Palacio ya no quieren alumbrar»,
y sólo luce la Luna como un cirio funeral.
[...]

—¡Oh Mercedes, lirio, estrella,
que en mi espejo se miró;
la Muerte la vio tan bella
y en los ojos la besó!

En «Las trenzas de Elisa», una octava modernista, estrofa que también utilizará en «Tarde de provincia» y en «Envío», Carrere mezcla dos canciones infantiles modificándolas: «Que lindo pelo tienes/ Carabí» y «Mambrú se fue a la guerra». Para este último personaje recupera, acertadamente, su auténtico nombre, el de Malbouroug.

«Canción de otoño», que lleva un subtítulo, «(Verlaine)», tiene el metro con menor número de sílabas del poemario, llegando a los versos trisílabos:

La queja sin fin
del febril violín
otoñal
hiere el corazón
de un lánguido son
letal.

Componen esta sección, como ya se ha dicho, nueve poemas que además de los citados son: «Tejedores de un ensueño», «Nunca más», «Melodía galante», «Nocturno de primavera» y «Oración de la vida». A este último nos referiremos para cerrar este apartado. El poema está compuesto por versos blancos con ocho estrofas de cuatro versos endecasílabos que se quiebran en el cuarto de cada estrofa con un heptasílabo. Curiosamente, entre tanta tristeza es un canto de vida y esperanza, que concluye:

Y en el bíblico día del holgorio,
bajo el buen Sol, en los alegres campos,
canta la libre Humanidad dichosa
la gloria del vivir.

La siguiente sección es la más numerosa, ya que consta de dieciséis poemas; recibió en la primera edición el nombre de «Rimas galantes». El metro es básicamente octosílabo en la mitad de los poemas, los otros están formados por alejandrinos, con algún heptasílabo o endecasílabo desperdigado; en todos ellos la rima es consonante. Siete de las composiciones son sonetos, cinco en alejandrinos, uno en dodecasílabos y otro en endecasílabos; sextetas, cuartetos, redondillas, sextillas, sextetos, pareados, serventesios y tercetos componen la enorme variedad de esta sección que, no obstante, es bastante uniforme en lo que a contenidos se refiere. Ni que decir tiene que la mujer es la protagonista absoluta, ya sea como muñequita adorada, «Figulina», como gata mimosa que nos come el corazón, «Amor de gata», como personajes sacados de las páginas de Murger, «Mimí» y «Musseta», como encarnación de la belleza, «Fornarina»,

o como flor ponzoñosa, ese amar a una loca que nos contagia su locura, en un tributo a Baudelaire:

La caprichosa Luna miró por tu
ventana mientras dormías, y se dijo:
«Esta criatura me gusta»

Y tras la cita, el poema «Flor de locura», uno de los sonetos alejandrinos que nos narra, una vez más, esa obsesión de Carrere por lo abyecto:

Y celosa la Luna, la vieja emponzoñante,
me condenó a amar siempre lo absurdo, lo imposible.
Lo que duerme en los ojos de mi triste lunática.

Sonetos son también «Intermedio sentimental», «Café popular», «Regina», «La alegre mueca» y «La nueva primavera». Su temática es variada y difiere de los poemas anteriores: evocación de la juventud, vulgaridad de la vida y de la gente vulgar, petición de una limosna de amor a aquella que nos lo hace imposible por su alcurnia o por su coquetería, y la vuelta a la ilusión juvenil en la madurez por obra y gracia del amor.

«Tristeza galante» nos devuelve al poeta que junto a la flor de «Mal amada», olvida sus tristezas en una orgía más poética que carnal:

Mucho también yo he llorado,
esclavo fui del acerbo
odio y la roja pasión.
Cuando miro hacia el pasado,
hunde un fatídico cuervo
su pico en mi corazón.

El homenaje a Poe, *The Raven*, parece claro. Y también, y de una forma incomprendible, a la reina María Luisa y a Godoy en «Fiesta de verbena»:

Vieja Monclova llena de un perfume lejano
y galán, por las noches, en tu frondoso arcano,
habla con voz de fábula la Maga Evocación,
y allí mana una fuente de sonora risa
que dice: «Aquí estuvieron Godoy y María Luisa,
y aún vaga su amorosa leyenda en mi canción.»

Por más que los gustos de Carrere no fueran los más indicados, uno se pregunta cómo pudo homenajear a una señora tan fea. Tampoco son bellos los pasados con los que nos obsequia en «Como una melodía», donde nos narra un amor tan breve como apasionado:

Pero me dio en la hora cruel de la despedida
un beso tan intenso como toda una vida.

Mujer ensueño, Madre Locura, la Luna y el alcohol se dan cita en «El ajenjo celeste». Con «Elogio de los ojos negros», curiosa composición, pues se trata de un soneto que ganó un serventesio supernumerario, se cierra esta sección y nuestro estudio:

A pesar de tu porte ducal, tus ademanes
de figulina linda hecha con luz de luna,
yo he soñado que he visto tus dos ojos sultanes
detrás de un velo azul en la zambra moruna.

8. Epílogo

Podríamos haber concluido con los versos que anteceden pero tal vez no le hagan a Carrere todo el honor que merece, habida cuenta que *El Caballero de la Muerte* lo consagró como poeta. Hemos elegido otros, si no los mejores sí los más conocidos, los que hicieron llorar a muchos de sus lectores y que retratan muy bien el alma de Carrere, porque, debajo de esa máscara de falso bohemio, Carrere sintió siempre en su corazón el desgarró producido por la desesperanza:

Palabra de amor que esconde
la llaga que va sangrando
y andar, siempre andar. ¿Adónde?
¿Y hasta cuándo?

III. ÍNDICE ALFABÉTICO DE PRIMEROS VERSOS ⁸⁸

A esta hora poética y sombría (R) «Crepúsculo»
A ti, la gentilísima de preclaras virtudes (C) «Envío»
Al inclinarte en actitud ferviente (C) «Perdón»
Al pasar todas las noches (R) (C) «Ausencia» «Horas de ausencia»
Al sonar en la abadía (R) «Nocturna(o)»
Ante el balcón florido de la calle sombría (C) «Claro de luna»
Apoyada en el vitral (C) «El Caballero de la Muerte»

⁸⁸ Entre paréntesis figuran las siglas del poemario: (R) *Románticas*, (Op) *Otros poemas* y (C) *El Caballero de la Muerte*. Para este índice se han utilizado la edición de 1902 y la correspondiente a las obras completas, *Románticas y otros poemas*, del primer poemario y las de 1909, 1919 y 1921 del segundo. Cuando existe alguna variación en el primer verso ésta aparece entre paréntesis. Tras las siglas del(os) poemario(s) aparece el(os) título(s) entrecorillado(s) en el orden cronológico de su publicación.

Aunque es el mundo un viejo hospital de incurables (C) «Flor de bohemia»
 Avanza el hosco cortejo (C) «Cortejo»
 Blancas manos de Elena (C) «Las manos de Elena»
 Bohemios troveros, de gachos sombreros (C) «Oración a la bohemia»
 Bravo Camín. Tu verso es un bajel pirata (Op) «El poeta Camín»
 ¡Cantad, obreros!... La brillante aurora (R) «¡Cantad, obreros!»
 Como hubo un rey poeta, hubo otro rey chispero (C) «El rey chispero»
 Cruzábamos tristemente (C) «La musa del arroyo»
 Cuando la tarde sin rumor moría (R) «Cansancio»
 Cuando nubló la lágrima postrera (R) «Flor de llanto»
 Cuando paso sombrío a vuestro lado (R) «Almas sin perfume»
 De mi infancia en las tardes soñadoras (R) «Mi eterno amigo»
 ¿De qué viejo castillo o tumba medioeval? (C) «El honor»
 Dejó al pasar sobre tu frente pura (R) «Mentira»
 Desierto estaba el templo (R) (C) «Perdón» «En el templo»
 Doncellona que plañe por dejarlo de ser (C) «La moral»
 Duda de mi cariño... La traidora (R) «Ironía»
 El aire es dulce y tibio. He abierto mi balcón (C) «Coda sentimental»
 El alcohol, la lujuria, la ruleta! (Op) «Ambiente»
 El bello Don Juan es eterno (C) «La aventura de Don Juan»
 El Carnaval se divierte (Op) «El Carnaval se divierte»
 El rey Cretino tiene un jardín (C) «El rey Cretino»
 El Sol, gran patriarca, Verbo fuerte, calcina (C) «Verano»
 El tiempo pasará; de tu cariño (R) «Inolvidable»
 Ella ante todo es práctica (R) «Contrastes»
 Ella era la mujer que yo adoraba (R) «Historia vulgar»
 En el ambiente frívolo de este café galante (C) «Intermedio sentimental»
 En el jardín sensual del mundo la hallé un día (C) «Como una melodía...»
 En la noche de San Juan (Op) «La noche de San Juan»
 En la transparente (C) «Sonatina de abril»
 En torno de mi esposa idolatrada (En torno de mi amada) (R) «Ante el altar»
 En un libro de amores de un lírico poeta (R) «La máscara»
 Encadenado al dolor (Op) «El madrigal de los ojos»
 Era un estudiante de Filosofía (C) «Junto a la fuente» «Balada»
 Éramos aún muy niños... Silenciosos (R) «La última cita»
 Es domingo. Los viejos y los convalecientes (C) «El hospital»
 Es la pálida coqueta (C) «Mimí»
 Es noble y franca y firme como el Pilar la moza (R) (C) «La aragonesa»
 «La mujer aragonesa»
 Es una vieja casa (C) «El dolor de la noche»
 Estaba el clave abierto (R) (C) «Sueños» «Ante el clave»
 Florecen las acacias (C) «Nunca más»
 Gentes endomingadas, discreteos banales (C) «Café popular»

- ¡Gitanilla del Albaicín! (C) «La sibila»
 Ha leído mis versos... De mi alma (R) «¿Quién es ella?»
 Hay rejas floridas, fuentes armoniosas (C) «Tarde de provincia»
 Iba a partir. Al vernos aquel día (R) «Olvido»
 ¡Jesús, el de la yerma calle de la Amargura (C) «La vía de la amargura»
 Junto al piano (clave) sonoro (R) (C) «Confidencia»
 La casa de mi amada está desierta (R) (C) «La casa sola»
 La cigarra es poeta, la cigarra es cantora (C) «Nocturno de verano»
 La doliente Infanta, enferma de hastío (R) «La humilde»
 La Humanidad está loca. Por Dios y por el diablo (Op) «Visión roja»
 La noche es perfumada, la fiesta palatina (C) «Melodía galante»
 La pálida niña evoca en el clave (C) «Evocación»
 La Primavera nace esta noche; el ambiente (C) «Nocturno de primavera»
 La queja sin fin (C) «Canción de otoño (Verlaine)»
 La Reina es la más bella manola, María Luisa (C) «Fiesta de verbena»
 La triste luna de plata (C) «El ajenjo celeste»
 La vi en la verbena (R) «La noche de San Juan»
 Las ventanas cerradas; silenciosas y oscuras (C) «Los jardines de la noche»
 Le vi una noche lúgubre; vagaba (R) «Última esperanza»
 Leonardo el Moro su imperio tenía (C) «Dogal de amor»
 Llama a mi corazón una (C) «Nulla est redemptio»
 Llena el parque una dulce languidez otoñal (C) «Jardín de otoño»
 Lloran los campanarios de toda la ciudad (Op) «Dietario sentimental»
 Llorando desperté. Fue un triste sueño (R) «Soñando»
 Los faroles de Palacio ya no quieren alumbrar (C) «El romance de la princesa muerta»
 Lujuria, negra fruta del árbol de la vida (Op) «Lujuria (de Albert Samain)»
 Luna de mayo, flor de azahar... (C) «Luna de mayo»
 Luna de Romeo y Julieta (C) «Luna de abril»
 María de la Paz, sobre tu vida clara (Op) «A María de la Paz»
 Me agrada ver del pálido crepúsculo (R) «Estrofas»
 Me decís que es coqueta, que fascina (R) «Becqueriana»
 Mi amada es una pálida belleza de marfil (C) «Flor de locura»
 Mi vida es cual lenta (C) «Cansancio»
 Mientras en un rincón cavas mi fosa (R) «Duelo a muerte»
 Mila, la duquesita (C) «Figulina»
 Mujer. ¿Nunca en tu memoria (C) «Lejos»
 Murger, el viejo poeta (C) «Musseta»
 Niños aún, el día de su santo (R) «Aniversarios»
 No fue más alta que tú (C) «Semana Santa de amor»
 Nos es propicia la grata (C) «Tristeza galante»
 Nosotros somos los comediantes (C) «Canción de la farándula»

Nunca podrás quererme, ¡verdad ruda! (R) «¡Quién supiera bailar!»
 ¡Oh, pobre Risa Loca! ¡Pálida flor de histeria! (C) «Risa loca»
 Ojos negros en donde brilla la tentación (C) «Elogio de los ojos negros»
 Pálida cantora de ojos dolorosos (Op) «Almas hermanas» «La canción errante»
 ¡Pobre corazón enfermo (R) «Exequias»
 Poeta: si prefieres el laurel a las rosas (Op) «Al poeta Ernesto López Parra»
 ¡Por fin, te di al olvido! (R) «Tedio»
 Por no poder olvidarla (R) «Crueldad» «Alucinación»
 ¿Por qué te he conocido? La suerte irónica (R) «Imposible»
 Prosigue tu camino, buen anciano (R) «¡Triste experiencia!»
 ¿Qué aroma alucinante, qué maleficio exhala (C) «La Gloria»
 Qué busco yo en los ojos de las tristes rameras (C) «Elogio de las rameras»
 Qué hermoso pelo tiene (C) «Las trenzas de Elisa»
 Qué miran sus ojos verdes (C) «Los ojos de los gatos»
 ¡Qué tarde has llegado, divina ventura! (C) «La bella locura»
 Salud, preclaros varones que ha elegido la fortuna (R) «Salutación triunfal»
 Se abren al lindo Oriente las ventanas (C) «Oración de la vida»
 Sé que sólo es un sueño, que la ingrata (R) «No quiero despertar»
 Sigue, sigue tu curso, triste Sena; tus puentes (Op) «Nocturno parisién (de Verlaine)»
 Solar de los bigardos y la pobretería (C) «La Plaza Mayor»
 Son estas siete doncellas las siete azucenas castas (C) «Las siete doncellas»
 Soy el bardo maldito (C) «Horas»
 Sueño en mis largos tedios con una loca orgía (R) (C) «Fúnebre» «Jardín fúnebre»
 Te hastían los románticos amores, vida mía (C) «La alegre mueca»
 Te presintió Rafael (C) «Fornarina»
 Tiene aroma de nardos y caricias de seda (C) «La nueva primavera»
 Todas las tardes veo tu cabeza gentil (C) «Tejedores de un ensueño...»
 Todos felices son en torno mío (R) «El eterno compañero»
 Tragedia oscura y bárbara. La plaza de la aldea (Op) «La capea»
 Tras ola roja del bolcheviquismo (Op) «Sinfonía blanca y roja»
 Tú eres como una nueva primavera de amor (C) «La primavera vuelve...»
 Tu inquietante y rara mirada felina (C) «Amor de gata»
 Tú, que subiste al cielo (Op) «Resurrexit»
 Un año de penas murió en el horario (C) (Op) «Año nuevo» «Año maldito»
 Un banquete a un poeta. ¡Paradoja genial! (Op) «A la terminación de un banquete»
 Un blancor de luna nieve en los jardines (C) «La danza de los siglos»
 ¡Un día más!... tampoco hoy se lo dije (R) «Timidez»
 Un mimo loco y pálido suspira en el jardín (C) «Pantomima»
 Una tarde de Octubre, pensativa (R) «Risas amargas»

Una vieja hilandera al borde del camino (C) «La vieja hilandera (En memoria)»
Vaga, llorosa, la pastorcilla (R) «La pastorcilla»
Vi a una dolorosa y bella enlutada (R) «Dolorosa»
Vi casarse a mi adorada (R) «Su boda»
Vieja pipa bohemia que me daba un perfil (C) «La pipa»
Viejo café solitario (C) «Café de artistas»
Viejo reloj que evoca (C) «El reloj de San Plácido»
Vos ignoráis, señora y reina mía (C) «Regina»
Voy vagando por las calles (C) «Alta noche»
Yo soy un hombre triste, altivo y solitario (C) «Alma de noche». Sin título.
«Pórtico»